

AÑO VII No. 23

BUENOS AIRES

JUNIO 5 DE 1886

EL ALBUM DEL HOGAR

FUNDADOR Y PROPIETARIO: G. MENDEZ

APARECE DOS VECES AL MES

ADMINISTRACION: 1° CATAMARCA 228

SUSCRICION POR MES: 1 \$ %



TORCUATO DE ALVEAR

REDACCION

Buenos Aires, Junio 5 de 1886

TORCUATO DE ALVEAR

Enriquecemos la galeria de retratos de *El Album del Hogar* con el del Señor Torcuato de Alvear, Intendente Municipal de la Capital de la República. El Señor Alvear tiene, indudablemente, derecho á ocupar un puesto, en primera línea, entre los hombres que, en estos últimos tiempos, han contribuido más eficazmente al adelanto de esta ciudad. Cuando, en 1880, fueron el progreso y los intereses de esta Capital entregados á su custodia, Buenos Aires no era sino una ciudad grande y sucia, con cientos de miles de habitantes, pero poco higiénica y desprovista de belleza. Los Presidentes de Municipalidad que habian precedido al Señor Alvear hicieron poco, muy poco, por mejorar nuestra ciudad, si bien es cierto que ellos no fueron culpables de ese estacionamiento, puesto que los recursos con que la Municipalidad contaba por aquel entonces, eran escasos, y toda la buena voluntad de los hombres se habria estrellado contra la pobreza de las cajas. El Señor Alvear vino á romper con las tradiciones municipales, y desplegando una actividad, de que pocos ejemplos se presentan, consideró la Capital como cosa propia y se propuso reformarla, limpiarla, embellecerla.

El primer problema á resolver era el de la pavimentacion de Buenos Aires. El Señor Alvear estudió convenientemente todos los sistemas, hizo ensayar los afirmados de madera, el asfalto, el adoquin inglés; los consideró detenidamente bajo el punto de vista higiénico y de duracion, y resuelto el problema, puso inmediatamente manos á la obra, haciendo llegar los beneficios de su actividad hasta los mas apartados barrios. Empedrar la ciudad de Buenos Aires, es por sí sola, una obra de Romanos, y el Señor Alvear la lleva á cabo conjuntamente con otras de no menos importancia.

Nuestras plazas han cambiado por completo de aspecto en estos seis últimos años. Antes, bastaba á los paseos públicos la plantacion de algunos paraísos, hecha á ojo de jardinero, y amontonar plantas criollas, en espeso y descuidado matorral, para que crecieran poco menos que á la buena de Dios. Hoy, cada plaza es un jardin, dibujado con todo arte y primorosamente cuidado, enriquecido con plantas de mérito, variado el terreno con monticulas y lagos para hacer pintoresco el paisaje y ameno el paso del caminante. La demolicion, en ocho dias, de la recoba vieja, formando la gran plaza de Mayo; el 11 de Setiembre y la plaza de Constitucion, convertidas en hijiénicos jardines, cuando antes servian de estacion á las carretas; las plazas General Lavalle,

Libertad, 6 de Junio, embellecidas todas; el paseo de la Recoleta convertido en el paraje mas pintoresco de la Capital por el esfuerzo del arte, las grandes avenidas abiertas en el Norte, todo eso bastaba para obligar la gratitud del pueblo de Buenos Aires; pero el Sr. Alvear ha hecho más: ha prestado preferente atencion á los establecimientos públicos de caridad, asilos, hospitales, etc.,—trabajando así para el pobre como para el rico; ha mandado hacer la limpieza de los cementerios, que habian permanecido siempre en el mas deplorable descuido, ha atendido, en resumen, todos los intereses de la comunidad, con un celo sin precedentes y que pocos seran los capaces de desplegar despues de él.

No hablamos de sus proyectos, que seria largo recordar: los grandes teatros, los parques con que trata de llevar adelante su obra de progreso. Nos limitamos á bosquejar á grandes rasgos su personalidad, porque ella es de todos conocida y por todos encomiada. El primero, en el orden de los Intendentes de la Capital, será el primero en los servicios prestados á ella. *El Album del Hogar*, al dar su retrato, se hace intérprete de la opinion unánime del pueblo de Buenos Aires.

SARAH BERNHARDT.

Pronto estará en Buenos Aires la eximia artista con cuyo nombre encabezamos estas líneas, y cuyo retrato adorna una de las páginas de este periódico. La fama de Sarah Bernhardt es universal: su talento y sus caprichos la han alcanzado y podria asegurarse que no hay en el mundo un solo diario que no se haya ocupado de la artista y de la mujer, por que ambas son igualmente dignas de llamar la atencion y despertar la más viva curiosidad.

Hace dos años que, por primera vez, se habló de traerla á Buenos Aires: para los empresarios era un *tour de force* en proyecto, para la prensa en general y para el público, era más: un imposible. Y ese *tour de force* para unos, ese imposible para otros, ha sido llevado á cabo: Sarah Bernhardt está ya en el Brasil.

Para una observacion lijera, este hecho no presentaria otro carácter que el de la novedad; nosotros creemos que puede considerarse como un fenómeno y una prueba del desarrollo creciente de la cultura social de la República. Antes, podian los empresarios traer impunemente, para nuestros teatros, artistas de segundo orden; hoy, si Ferrari se atreve á presentar en Colon el cuerpo de inválidos de los cantantes, recibe la condenacion de la prensa y la ausencia del público inteligente. Vamos, pues, hácia adelanté, el gusto se perfecciona; la critica deja de ser un aplauso obligado d

todas las empresas, para representar en el periodismo los verdaderos intereses de la comunidad; los empresarios del teatro lírico y del teatro dramático se ven en la necesidad de presentarnos, entre la nebulosa de astros nuevos que forma el conjunto de las compañías, algunas estrellas de primera magnitud. Al empresario Ciachi tocará la gloria del mas grande esfuerzo, cuando Sarah Bernhardt pise las tablas del Politeama.

MAGDALENA ARREPENTIDA

(Cuadro de P. Betoni)

Hacer de un puñado de cieno un manojo de rayos de luz, trasformando en mujer de corazon cristiano la prostituida cortesana, es milagro tan grande como dar la vista á un ciego y levantar á Lázaro del sepulcro. La palabra, llena de unción, de mansedumbre, de sabiduría, con que Jesus habló á los hombres, hizo de la Magdalena pecadora la Magdalena arrepentida.

¡Qué magnifico asunto para el arte! para la estrofa del poeta, para el lienzo del pintor, para animar un bloque de mármol con un rayo de vida! Magdalena arrepentida es algo como un cielo brumoso de invierno, barrido de pronto por una tempestad y acariciado por el sol y los soplos tibios de la primavera; es la gota de agua de que habla Victor Hugo, la gota de agua caída en el polvo, convertida en fango, y que se desprende de nuevo de la tierra para subir al cielo transformada en vapores.

La Magdalena arrepentida de Betoni, es una de las más poéticas ejecuciones del grande asunto bíblico: la mujer, cambia en ella las fastuosas pompas de la vida mundana por el manto sencillo y pobre que envuelve su cuerpo de esculturales formas; deja el palacio resplandeciente por la oscura gruta, donde solo entra, indecisa, la luz del dia; y consagra á las lecturas piadosas, su cabeza antes entregada á impuros sueños. La mujer se convierte en angel; la carne desaparece, y su peregrina belleza se hace tan pura como su belleza celestial.

LA FLOR MARCHITA

Delicado como el sentimiento de la mujer, es el asunto que ha escogido para el notable cuadro, cuya reproduccion ofrecemos á nuestros lectores, la distinguida artista Elena Büchmann.

Una joven, cuyo bello semblante revela la dominadora influencia que en ella ejerce el pensamiento fijo, contempla con tristeza el cambio que se ha operado en la flor que su amante le entregó como símbolo de la pureza del sentimiento que le inspiraba.

El delicado aroma con que embalsamaba el aire, ha perdido ya su penetrante y em.

briagadora fuerza, sus hojas hanse marchitado é inclinado sobre su tallo, apesar de los cuidados de la jóven que, en el deseo de conservarla, manteniala sumerjida en el agua de un magnifico búcaro.

Todo ha sido inútil; todos los esfuerzos se han estrellado ante la imposibilidad de dar vida á la pobre flor que, al arrancarla de la planta, ha perdido para siempre su frescura y lozania.

A...

Yo sé que es imposible!.. me lo dicen
Hasta las mudas ráfagas de viento
Que, de los tuyos, á otros lábios llevan
La celeste caricia de tus besos.

Yo sé que es imposible! En el perfume,
En la luz, en la música, en el verso,
En todo lo que hay algo de tu espíritu
Busco tu amor, y tu desden encuentro!

(J. Méndez)

Arco-Iris

Tengo una marcada predileccion por los dias sin sol. Me encanta un cielo turbio, un cielo gris, las nubes amontonadas confundidas en una sola cubierta de plomo.

Y la lluvia, ora menuda y lenta, ora torrenciosa y rápida, me refresca el alma, como un sorbete saboreado en pleno verano.

Así, que estos dias pasados, dias que habrán sido de fastidio para las amables lectoras de *El Album del Hogar*, han sido para mí dias de placer.

Me gusta, pues, la lluvia; pero no la lluvia que lagrimea en los cristales, sinó la que moja y cala hasta los huesos, en plena calle, inutilizando el uso del paraguas.

Así, lectoras mías, sien este momento, con las blancas páginas estendidas sobre la mesa y enristrada la pluma, siento caer la interminable lluvia de invierno, experimento irresistibles tentaciones de obedecer á mis instintos como la gata de la fábula y echarme á andar por el fango de las calles.

Pero, es mas grato conversar con vosotras.

Y se me ocurre preguntaros ¿cual es vuestra estacion preferible?

Y oigo que me decis, las unas el verano, las otras el invierno; estas la primavera con el renacimiento de las hojas y la llegada de las golondrinas; aquellas el otoño con sus tristezas.

Reina la anarquía mas completa al pensar en las estaciones, cuando pensais vosotras.

En cuanto á los hombres, y creyendo interpretar un sentimiento general sinó unánime, estoy porque les es preferible el verano.

Golondrinas, golondrinas, quieren ellos!

En el verano, el sexo bello es la mas pre-

ciosa bandada de pájaros que haya revoloteado bajo el cielo desde que es cielo.

Nada tan delicioso como vagar por las calles, á la hora del crepúsculo, y encontrar una paloma en cada ventana.

Si por mí fuera, iríame a vivir en la ciudad mas tropical del trópico, solo porque el traje de la mujer fuese siempre de tulés vaporosos. Eso dá á la belleza cierto tinte celestial, la hace flotar en las nubes, la idealiza, y consigue que la flor de los ensueños brote hasta en la cabeza que mas se parezca por su esterilidad al desierto de Sahara.

Oigo una observacion y la atiendo.

—Pero, señor!—me dice una preciosa lectora de espíritu mas agudo y brillante que una bayoneta espuesta al sol de Mayo,—pero, señor, olvida vd. que el invierno tiene los bailes y los teatros, que estos acercan mas, á los seres que se comprenden, que el crepúsculo de las tardes veraniegas, que se sueña mejor en el vertigo de un vals que á la caricia de una mirada pasajera, que charlar en amorosa compañía, sobre la mullida seda de un sofá, en perfumada sala, es más agradable que hacerlo en una ventana abierta, donde el transeunte indiscreto es una amenaza.....

—Basta, basta, me rindo y me decido por el invierno!

Pero, no bien acabo de hacerlo así, oigo de nuevo otra observacion.

La que habla ahora es una jóven romántica, de ojos soñadores y lánguidos. No sé qué me dice del bosque humbrío, de la mansa corriente del arroyo que rueda en la llanura, de los llorosos sauces, de los pájaros y de los nidos, de los paseos por los caminos solitarios en muda admiracion de la naturaleza, de las escursiones en bote, batiendo el agua tranquila de los riachos con el golpe acompasado y lento del remo, del iris en que la luz se descompone al hundirse el sol en la linea del horizonte, marcada por el beso que el cielo da á la tierra.....y me vuelvo á rendir, y vuelvo á pensar que el verano es la mejor de las estaciones.

Sobre gustos, nada hay escrito, pues, hoy sabe dulce lo que ayer sabia amargo, y vice versa.

He tratado en vano, de poder obtener el gusto predominante respecto de las estaciones, preguntando á todas mis amigas el suyo y la razon que tengan para sostenerlo.

Un dia, dije á una de ellas:

—Vd. por qué se decide? ¿por el invierno ó por el verano?

—Por el invierno, me contestó con firmeza.

—¿Le gusta á vd. el invierno por los bailes?

—No, señor.

—¿Por los teatros?

—No es por eso.

—¿Porque las noches son mas largas, y las visitas de su novio se prolongan?

—No. Tampoco.

—¿Y por qué, pues?

—Por las naranjas!

EL JOVEN ARTURO

(Continuacion)

CANTO III

Una hermosa mañana de verano,
Cuando en Oriente el sol con sus fulgores
Bañaba el Monserrate soberano,
Cuando vagando el céfiro entre flores
El beso matinal les daba ufano,
Y entonaban los pájaros cantores
Esos trinos de amor y de alegría
Con que saludan al naciente dia;

Quando aun estaba la feraz llanura
De niebla ligerísima cubierta,
Quando sentia apenas la natura
El ósculo del sol que la despierta;
Quando yo disfrutaba la ventura
De dormir á mis anchas, en la puerta
Dieron un aldabazo estrepitoso
Que interrumpió mi sueño delicioso.

—Caramba! dije yo (por tal vocablo
Os pediré, lectoras, mil perdones;
Sabed que en tales términos no hablo
Sino en determinadas ocasiones).
—¿Quién es?—Traigo una carta de Don Pablo.
—Dámela.—Y al fijarme en sus renglones
Salté del blando lecho con presteza
Y á despecho del frio y la pereza.

Y á fe que aunque el billete no era largo,
Pues dos líneas apenas contenia,
Era muy alarmante, sin embargo,
Y por él claramente se veía
Que se hallaba su autor en trance amargo,
Aunque cuál era el trance no decia;
Helo aquí: Ven, que la ansiedad me mata.
To be or not to be—Pablo Zapata.

Qué será lo que pasa? santo cielo!
Pensaba yo al vestirme á la carrera.
Si será que lo llaman á algún duelo.....
Bien puede ser, porque es un calavera;
Pero.....muestra por verme tal anhelo,
Que no es posible..... no, pues si tal fuera
No á mí, sino al Alcalde del distrito,
Hubiera remitido el papelito.

Además, Pablo no es por el presente
Ni cónsul, ni ministro ó secretario;
Pues bien sabéis, lectoras, que esa gente
Ve en el duelo ejercicio necesario:
Por quitame esas pajas, ferozmente
Llaman á mortal riña á su contrario.
Por fortuna la atroz carnicería
Logra siempre evitar la Policía.



LA FLOR MARCHITA

Recuerdo al fin que hay nuevo ministerio,
Y que á Pablo remueven me imagino;
Y viendo que es el caso más que serio,
A su casa ligero me encamino.

—¿Qué es? exclamo al llegar, ¿qué es el misterio?
Que te sucede, Pablo? tu destino.....

—Mi destino lo quiere! —y dando un paso,
Con voz de trueno, concluyó: —¡Me caso!

—¿Cómo! Te casas? y con quién? —Con Clara.
—Con Clara, que es tan pobre? —Te equivocas,
Es finca productiva..... —Cosa rara!
—Su cara y su instrucción no son bicocas,
Y con sus atractivos y su cara
Le darán una escuela como pocas;
Y sesenta por mes es mucho cuento:
Interés de tres mil al dos por ciento.

Era el cálculo aquél tan convincente,
Tan completo en detalles y en conjunto,
Que juzgué como cosa más prudente
No entablar discusión sobre el asunto.
Me quedaba una duda simplemente,
Y con el fin de esclarecer el punto,
Le dije: —¿Y Margarita, que es tan bella?
—¿Te gusta.....? —Sí! —Pues cástate con ella.

—Hombre! —¿Yo que soy todo un abogado,
Un hombre que sesenta pesos gana;
Yo que soy secretario de un Juzgado
Y que tal vez á juez llegue mañana,
He de unirme á una niña que ha pasado
Su vida por la calle de Santa Ana,
A una chica que nunca tuvo un peso,
... no ha entrado en la senda del progreso?

Para que las conozcas plenamente
Y puedas apreciar la diferencia
Que hay entre Margarita, la inocente,
Y Clara, la mujer de mundo y ciencia,
Estas cartas compara atentamente.
Y así diciendo, puso en mi presencia
Dos cartas: una en letra muy cursada,
Y otra en letra redonda y apretada.

Como yo sé muy bien, lectoras bellas,
Que es la curiosidad vuestro pecado,
Las dos cartas de amor de mis doncellas
Os mostraré de un modo reservado;
Si alguna vez os encontráis con ellas,
No les digáis que yo las he mostrado,
Pues las mujeres lo perdonan todo,
Menos que las exhiban de este modo.

La carta de la pobre Margarita,
Que fué la que en mi afán abrí primero,
En papel ordinario estaba escrita;
Y la letra, formada con esmero,
Era, como ya dije, menudita;
Fechada en Bogotá y á diez de Enero,
Decía encima de la fecha: *Urgente*,
Y el tenor de la carta era el siguiente:

—Mi muy querido Pablo: Hace diez días
Que no vienes á verme y ya lo extraño.
Antes, de nuestra cuadra no salías,
Y esto me ocasionó más de un regaño,

Pues tanto mi mamá como mis tías,
Que tienen un carácter muy huraño,
No vieron nunca bien que me asomara
A la ventana, y que contigo hablara.

—“Yo entonces desdeñaba sus consejos,
Creyendo que sus quejas y razones
Eran puras chocheces de los viejos,
Y no me preocupaban sus sermones,
Porque confiaba en ti y estaba lejos
De temer tan amargas decepciones:
Hoy ya sé que perjuro me engañaste,
Y que de mi inocencia te burlaste.

—“¡Gran triunfo conseguiste! grande hazaña
Es despertar una alma que inocente,
Al desengaño y al pesar extraña,
A sus sueños se entrega dulcemente,
Y arrancarle la fe que la acompaña,
Encendiendo un amor intenso, ardiente,
Y mintiéndole mundos de ventura,
Para hundirla después en la amargura!

—“Yo te sabré olvidar cual me olvidaste,
Pagaré con desprecio tu falsía;
Mas si mi dulce fe me arrebataste,
¿Dónde hallaré la calma en que vivía?
Si la duda en mi espíritu sembraste,
¿En quién podrá creer el alma mía?
¿Podré volver á amar cuando la duda
Me rompe el alma con su espina aguda?

—“Si alguna vez te sume en el despecho
De un sér á quien amaste, el abandono,
Comprenderás el mal que á mí me has hecho.
Adiós! al olvidarte te perdono,
Pues sabes que no cabe en este pecho
Ni por tan negra ingratitud encono.
Dispensa que ésta vaya mal escrita
Y no pienses jamás en Margarita.”

—¡Que chica, santo Dios! Hombre, Zapata,
Dije yo al terminar, eres un pillol!
—Yo sé muy bien que mi desdén la mata,
Me dijo componiendo un cigarrillo,
Y arreglando los pliegues de su bata;
Pero si á Clara no le da al tobillo!
Antes de que pronuncies la sentencia
Lee su carta y verás la diferencia.

En un papel muy lleno de labores,
Que un Cupido llevaba en cada esquina,
Y por todo el contorno aves y flores
De forma caprichosa y peregrina
Y de variados tintes y colores,
Y escrita en una letra masculina,
Una epístola hallé que íntegramente
Transcribo en el capítulo siguiente.

ROBERTO MAG DOUALL.

(Continuará.)

ZURITA

III

Muy en serio había tomado Aquiles lo de
ver dentro de sí—siendo uno con él—á Su Di-
vina Majestad. Se le antojaba que de puro
zote no encontraba en sí aquella unidad en

el Ser que para D. Cipriano y el catedrático triste era cosa corriente.

El filósofo se retiraba tarde, pero dormía la mañana. Aquiles se acostaba para que no se le enfriaran los pies al calentarse la cabeza; y sentado en el lecho, que parecía sepultura, meditaba gran parte de la noche, primero acompañado de la mísera luz del velón, después de las doce á oscuras; porque la patrona le había dicho que aquel gasto de aceite iba fuera de la cuenta del pupillage. Mientras D. Cipriano roncaba y á veces reía entre sueños, Zurita pasaba revista á todos los recursos que le habían enseñado para prescindir de su propio yo, como tal yo finito [*este que está aquí, sin más*]. El sueño le rendía, y cuando empezaban á zumbarle los oídos, y se le cerraban los ojos, y perdía la conciencia del lugar y la del contacto, era cuando se le figuraba que iba entrando en el yo en sí, antes de la distinción de mí á lo demás.... y en tan preciosos momentos se quedaba el pobre dormido. De modo que no parecía Dios.

Se quejaba el infeliz á su mentor, y don Cipriano le decía:

—Cómprese V. una cafetera y tome mucho café por la noche.

Así lo hizo Aquiles, aunque á costa de grandes sacrificios. Como se alimentaba poco y mal, y no tomaba ordinariamente café, por espíritu de ahorro, el moka de castañas y otros indigenas le produjo los primeros días excitaciones nerviosas, que le ponían medio loco. Hacia muecas automáticas, guiñaba los ojos sin querer y daba brinco sin saberlo. Pero conseguía su propósito: no se dormía.

Aunque el Sér en la Unidad no acababa de presentársele, tenía grandes esperanzas de poseer la apetecida visión en breve. ¡El café le hacía pensar cada cosa! Á lo mejor le entraba, sin saber por qué y sin motivos racionales, un amor descomunal á la Humanidad de la tierra, como decía él, copiando á D. Cipriano. Lloraba de ternura considerando las armonías del Universo, y la dignidad de su categoría de sér consciente y libre le ponía muy hueco. Todo esto á oscuras y mientras roncaba D. Cipriano.

Pero ¡oh dolor! al cabo de pocas semanas el café perdió su misterioso poder, y le hizo el mismo efecto que si fuese agua de castañas, como efectivamente era. Volvía á dormirse en el instante crítico de disolverse en lo Infinito, *siendo uno con el Todo*, sin dejar de ser este que individualmente era, Zurita.

—Pero V., D. Cipriano—preguntaba desconsolado el triste Aquiles al filósofo cuando éste despertaba [ya cerca de las dos de la mañana],—¿V. vé realmente á Dios en la Conciencia, siendo uno con Él?

—Y tanto como veo—respondía el filósofo mientras se ponía los calcetines, de que no haré descripción de ningún género. Baste decir, por lo que respecta á la ropa blanca

del pensador, que no habia tal blancura, y que si era un sepulcro D. Cipriano, no era de los blanqueados por fuera; la ropa de color habia mejorado, pero en paños menores era el mismo de siempre.

—Y diga V., ¿dónde consiguió ver por primera vez la Unidad del Sér dentro de sí?

—En la Moncloa. Pero eso es accidental; lo que conviene es darse grandes paseos por las afueras. En las Vistillas, en la Virgen del Puerto, en la Ronda de Recoletos, en Atocha, en la Venta del Espíritu Santo y en otros muchos parajes por el estilo he disfrutado muchas veces de esa vista interior porque V. suspira.

Desde entonces Zurita dió grandes paseos, á riesgo de romper las suelas de los zapatos, pero no consiguió su propósito; le robaron el reloj de plata que heredara de sus mayores, mas no se le apareció el Sér de la Unidad.

—¿Pero V. lo ve?—repetía el aprendiz.

—¡Cuando le digo á V. que sí!

Zurita empezaba á desconfiar de ser en la vida un filósofo sin prejuicios. «¡Este mal-dito yo finito, de que no puedo prescindir!»

Aquel *yo* que se llamaba Aquiles le tenía desesperado.

Nada, nada, no habia medio de verse en la Unidad del sér pensado y el sér que piensa bajo Dios. ¡Y para esto habia él perdido el curso del Doctorado!

(Continuará.)

SUETOS

Hoy aparece *El Album del Hogar* con cuatro páginas ilustradas.

Ya ve el público que hacemos cuanto nos es posible por corresponder debidamente á la proteccion que nos dispensa.

No por olvido, sino por falta absoluta de espacio, dejamos de cumplir en el número anterior con el deber de significar nuestra gratitud á Enrique E. Rivarola, por la valiosa y desinteresada colaboracion con que, desde hace tiempo, está favoreciendo las columnas de este periódico.

Sud América, La Razon, El Nacional y El Orden han reproducido algunos de los trabajos en prosa y verso que publicamos en el número anterior.

Gracias, mil veces, por esa distincion, así como por las benévolas palabras que transcribimos en seguida:

El segundo número de *El Album del Hogar* nos ha causado una verdadera sorpresa: no puede darse nada mas elegante ni mas lujoso en este género de publicaciones.

En este número Gervasio Mendez ha introducido grandes reformas: la impresion es nitidísima, en el más rico papel; y en cuanto á sus materiales, trae además de los de costumbre, dos retratos artísticamente dibujados

por Damblan, representando uno de ellos á la distinguida escritora y poetisa Josefina Pelliza de Sagasta.

Lo repetimos, el último número de *El Album del Hogar* es una sorpresa y aumentará sin duda su suscripcion, que es ya grande.

Sud América.

Ha aparecido ayer *El Album del Hogar* conteniendo los retratos de la señora Josefina Pelliza de Sagasta y del señor don Julio Llanos y variados é interesantes materiales.

El Censor.

Ha aparecido ayer el número 22 de *El Album del Hogar*, publicacion literaria cuyo director es el distinguido cuanto desventurado vate Gervasio Mendez.

Al frente trae el retrato de Josefina Pelliza de Sagasta y al dorso el del señor D. Julio Llanos; ambos trabajos correctos son debidos al lapiz de Damblan.

La Union.

El número de ayer de *El Album del Hogar* que dirige el poeta Gervasio Mendez, trae el retrato de la literata Josefina Pelliza de Sagasta y el del director de nuestro colega *El Orden*, señor Julio Llanos.

Bien impresos y artísticamente ejecutados los grabados aumentan el interés de las páginas que en su parte literaria contienen.

La Prensa.

Recibimos ayer la agradable visita del *Album del Hogar*, que surge de nuevo á la vida, lleno de interés, nutrido de materiales literarios interesantes y acusando en cada una de sus páginas la direccion inteligente que sabe imprimirle el querido poeta Mendez.

El Album del Hogar, como el fénix de la leyenda, renace hoy de sus cenizas, porque el poeta entre-riano le comunica la savia de su espíritu delicado y tierno, el aliento poderoso de su fé inquebrantable, y el sopro vivificante de su alma inspirada.

Trae en su primera página el retrato de la conocida escritora Josefina Pelliza de Sagasta perfectamente ejecutado por Damblan, como tambien el de Julio Llanos, director del *Orden*, ambos de un parecido admirable.

La impresion del *Album* es nitida y nada deja que desear.

Reproducimos la estrofa á Catalina Shine, tan bella como original.

La Razon.

Muy correcto, muy bien impreso nos ha llegado el número reciente de *El Album del Hogar*.

Trae los retratos, y rasgos biográficos de la señora Josefina P. de Sagasta y de nuestro Director. Son los retratos de un gran parecido.

El Orden.

Acompañado de una afectuosa dedicatória, hemos recibido un ejemplar del bello libro dado recientemente, á publicidad, por la distinguida escritora Juana Manuela Gorriti, con el título de *El mundo de los recuerdos*.

Es un elegante volúmen de cuatrocientas páginas, impreso con nitidez en rico papel. Limitándonos hoy á anunciar su aparicion, y á agradecer á la autora su valioso obsequio, prometemos ocuparnos con más detencion, de *El mundo de los recuerdos*, recomendable por más de un concepto.

Con el título de «Narraciones populares» ha aparecido un volumen de cien páginas impreso en la casa de Stiller y Laass y editado por D. Pedro Irume, conteniendo la narracion de interesantes episodios, hecha por Santos Vega, pseudónimo conocido en la prensa porteña.

Auguramos al editor una facil salida del libro que nos ocupa, dado su mérito y módico precio de venta, que, segun tenemos entendido, es de cincuenta centavos, lo que pone al alcance de todo el mundo la amena lectura de esas cien páginas.

Como complemento de esta noticia, damos á continuacion el sumario de las *Narraciones populares*: La aparicion — Una boda — La mano de una víctima — El perro de los ojos de fuego — Cuero Duro — El anjel de la guarda — La mancha de sangre — Un episodio de Máximo Perez.

El ensanche que hemos dado á la parte ilustrada de *El Album del Hogar*, nos obliga á suspender hasta los próximos números la publicacion de varios orijinales que nos han sido remitidos galantemente por sus autores.

Entre ellos se cuentan unas correctísimas traducciones hechas por dos distinguidas señoritas, cuyos nombres hemos prometido reservar, aun cuando su revelacion bastaria para honrar las columnas de este periódico. Hacemos tambien especial mencion de una poesía inédita del renombrado poeta oriental Dr. Sierrra Carranza, que nos ha sido enviada por él y que irá en el próximo número.

Prevenimos que no continuaremos remitiendo *El Album del Hogar* á ninguno de los suscritores que, residiendo fuera de esta ciudad, no abonen anticipadamente el valor de la suscripcion.

Sumario

El Album del Hogar lleva hoy los siguientes materiales:

Ilustraciones: Torcuato de Alvear—Sarah Bernhardt—Magdalena arrepentida—La flor marchita.

Texto: Torcuato de Alvear—Sarah Bernhardt—Magdalena arrepentida—La flor marchita—A... poesía, por G. Mendez—Arco Iris—El joven Arturo, poema, por Roberto Mac Douall—Zurita, novela por Clarin—Suetos.



SARAH BERNHARDT

EL ALBUM DEL HOGAR

FUNDADOR Y PROPIETARIO: G. MENDEZ

APARECE DOS VECES AL MES

ADMINISTRACION: 1° CATAMARCA 228

SUSCRICION POR MES: 1 \$ %



RAFAEL OBLIGADO



MIS FAVORITOS

REDACCION

Buenos Aires, Junio 20° de 1886

RAFAEL OBLIGADO

La musa argentina cuenta, entre sus hijos predilectos, al poeta cuyo retrato ofrecemos hoy a los lectores de *El Album del Hogar*. Rafael Obligado ha nacido con el númen del canto, y es ese el secreto de sus sentimientos americanistas en materia de gustos literarios. Ha sentido, más que otros, la influencia dominadora de la naturaleza de nuestro suelo, ha sido ella su primer maestro, la ha admirado, la ha cantado, y sus cantos han sido ingenuos, como que no eran sino el paisaje mismo de la vida reflejado en su espíritu.

En sus primeros tiempos, Rafael Obligado, fué,—permítasenos la espresion,—un payador de la sociedad culta. La pampa inconmensurable, el amor tranquilo y grande, las soledades, los arroyos que cruzan nuestros campos como negras cicatrices abiertas sobre las llanuras, el ombú, los sauces, el ceibo, la flora toda del suelo criollo, el boyero y el zorzal, todo lo que es nuestro, lo que ha hecho parte de nuestros fantaseos juveniles, en la edad en que todos somos poetas y sentimos la atraccion misteriosa de la naturaleza, se bosquejaba y latía en las estrofas de Rafael Obligado.

Si algunas lecturas influyeron en su espíritu para inclinarlo en esas sendas, fueron sin duda las de Echeverría. Las páginas de la *Cautiva*, y especialmente, en las primeras, la descripcion magnífica de la pampa, son algo como un magestuoso torrente de inspiracion: el alma que a ellas se acerca y en él se baña, se poetifica. Creemos, sin embargo, que las inclinaciones de Rafael Obligado han sido espontáneas: y si pensáramos que Echeverría fué su maestro, nos complaceríamos en reconocer en él al mas honroso de sus discípulos. Nos bastaría citar sus décimas acerca de las poéticas leyendas de Santos Vega, para sostener nuestro acerto.

En estos últimos tiempos, un cambio se ha operado en el poeta. Para unos, significa ese cambio la entrada en las vías sobre las cuales debe rodar la inspiracion; para otros, significa un descarrilamiento, una catástrofe en el Parnaso. Rafael Obligado se ha dado al clasicismo español, al peregrinaje de los sesenta volúmenes de la edicion Rivadeneira, ricos como las antiguas minas del Perú y de Méjico, pero, cuyos oropeles, engarzados en las estrofas sencillas y correctas de nuestro poeta, oscurecen la espontaneidad y empañan el brillo y enturbian la transparencia de sus versos.

Felizmente, esa influencia no es hasta ahora sino un peligro, una amenaza declarada en uno que otro verso suelto, pues, su reciente coleccion de poesías conserva el sello americanista, el sabor local de que antes hablabamos.

El amor y el paisaje constituyen el asunto preferido de Rafael Obligado. Acertado en sus gustos, no nos ha presentado jamás esas tiradas filosófico-políticas y de circunstancias,

tan en voga entre los llamados poetas de entonacion viril, y que muchas veces no pasan de adocenados vociferadores de plaza pública.

Entre la juventud de su generacion, Rafael Obligado cuenta con las mas vivas simpatías. El talento se impone siempre, pero con mas facilidad cuando es modesto, y Rafael Obligado es una encarnacion de la modestia. No es de los que pasan su vida admirando el abanico de sus plumas tornasoladas; y esa franca sencillez de su carácter, le rodea de la más sincera y general estimacion.

Al colocar su retrato en la primera página de este periódico, sin consentimiento del poeta, y sin haberlo siquiera puesto en conocimiento suyo, violentamos sin duda esa modestia a que hacíamos referencia, pero estamos seguros de complacer a sus muchos amigos, que adheriran sus aprobaciones a este merecido homenaje.

LA FAMILIA REAL DE ESPAÑA

Un vínculo de los más estrechos nos liga con España. Fué nuestra madre, y de ella recibimos, en herencia, su espíritu y su lenguaje: el uno, caballeresco, altivo y noble; el otro rico y fecundo, como inagotable manantial de poesia.

Esa razon, y la de contarse, entre los favorecedores de este periódico, gran número de españoles residentes en Buenos Aires, nos ha inducido a ocuparnos, cuando el caso lo requiera, de los grandes acontecimientos de España, con lo que no solo cumpliremos lo que es casi un deber, sino que tambien tendremos ocasion de satisfacer la curiosidad de los lectores de *El Album del Hogar* y especialmente de las lectoras.

La muerte de Alfonso XII, en temprana edad, pero no imprevista, dejó el trono en manos de su esposa, Maria Cristina. Aunque reciente ese acontecimiento, hemos conseguido un retrato de la Reina regente, en que viste de luto por el difunto rey, retrato de última fecha, y en el que se adivina el pesar sufrido, marcado en la espresion del rostro con signos inequívocos.

En otras páginas, ofrecemos los retratos de la Infanta Eulalia de Borbon, hermana de Alfonso XII, y del Infante D. Antonio de Orleans, su esposo. Despues del lamentado acontecimiento social y político del fallecimiento del rey, el del matrimonio de la Infanta Eulalia y del Infante D. Antonio, ha sido el de más grande repercusion. En otra de las páginas ilustradas, presentamos los mas ricos regalos de bodas.

Este casamiento ha sellado definitivamente la alianza entre las casas de Orleans y de Borbon, que, disputándose el trono, ensangrentaron el suelo español,—por lo que ha sido, al par de un suceso de novedad social, un hecho de alta importancia política.

Si a esto se agrega el reciente nacimiento del nuevo rey, hijo póstumo de Alfonso XII, no es equivocado pensar que vendrán para España largos dias de paz, y que cediendo a

las influencias del espíritu moderno, entrará esa nacion en las vías del trabajo y de la prosperidad, ocupando dignamente su puesto entre las primeras naciones del mundo.

MIS FAVORITOS

CUADRO DE G. KING

Los ingleses se pintan solos para pintar niños.

Véase, sino, la composicion de King que hoy publicamos, y dígame si cabe mas naturalidad, mas candor, mas simpática espresion que la de esa criatura gentil, que comparte sus atenciones entre el pequeño felino que abriga en su seno y el manso cordero que sigue sus lentos pasos...! Con cuanta correccion está trazado el grupol ¡Con qué talento está presentado el lugar de la escena!... La protagonista se halla en la primavera de la vida, y en la primavera se encuentra cuanto la rodea.

¿Es intencionado en el autor el pensamiento de que uno de los favoritos de la inocente niña sea un individuo de la traidora raza felina?... ¿Ha querido advertirnos que la mujer está condenada a luchar en sus afectos entre el manso cordero destinado fatalmente al sacrificio, y el gato traicionero que tarde ó temprano araña a quien le prodiga sus caricias?... Si así es, raras veces una leccion moral habrá tomado formas más candorosas, ni desprendido de idilio más simpático.

VISITANDO EL TALLER

CUADRO DE C. KIESEL

El público que visitaba la exposicion de Munich en 1883 se detenía ante un cuadro original de un pintor, si no desconocido, poco apreciado hasta entonces. Se sabia de él que tenia treinta y siete años escasos, que habia estudiado sucesivamente y sin grande éxito la arquitectura, la escultura y últimamente la pintura; que de Dusseldorf, su patria, se habia trasladado a Berlin, donde habia recibido lecciones de Schaper; y que él mismo no acertó a comprender su vocacion hasta despues de haber verificado un viaje a Holanda, que es la piedra de toque de los artistas del Norte, como Italia lo es de los artistas del Mediodia.

La obra del expositor de Munich era notable por la correccion de su estilo y por cierta elegancia aristocrática que afliaba desde luego a su autor entre los hombres de buen tono. Pero las cualidades más salientes de la composicion eran el sentimiento que todo en ella respiraba y un conocimiento del color, que era tan fresco como apropiado, tan brillante como valientemente aplicado a la tela.

Buscaron todas las miradas al joven cuya estrella aparecia radiante en el firmamento artístico, y le buscaron en vano. Los que

sabian de él aseguraron que, huyendo de los aplausos del mundo, concentraba todos los afectos en la vida de familia.

El laureado autor era Conrado Kiesel. Su obra, tan admirada, el cuadro cuya reproducción publicamos.

EXPIACION

¡Qué dulce halago, qué ilusión brillante,
Qué risueña esperanza seductora
Una suave armonía pide ahora
Al núnen de mi lira sollozante?

¡Aun es posible que se hierga y cante
La agreste musa que en las ruinas llora,—
Dadle á beber la copa embriagadora
Donde el néctar de amor hierve espumante.

Dadle... pobre infeliz! no es ese el tema
Con que á mi plectro la amistad invita,
No es ese de mi verso el caro objeto.

Del licor del festín brota un poema,
El que en sombría soledad se agita
Saca de un vaso de agua este soneto!

J. Sierra Carranza.

EL MUNDO DE LOS RECUERDOS

CARTA A LA SEÑORA JUANA M. GORRITI

Señora:

Después de la lectura de su bello libro, que fui la primera en recibir de sus manos, me apresuro á escribirle estas líneas, para demostrarle la impresion risueña que el "*Mundo de los Recuerdos*" ha dejado en mi espíritu. *El Album* se encarga de llevarla á V. con toda la espresion de mi simpatía y admiración.

No sé, señora, qué me sorprende mas: si su notable inteligencia, que el tiempo respeta como un don glorioso para la patria argentina, ó su memoria tan prodigiosamente conservada! V. ha llamado con suma y expresiva propiedad á su libro, *El Mundo de los Recuerdos* y ha hecho, con su pluma brillante y fantástica, un cuadro en conjunto, de tal colorido, que hace esclamar al lector al recorrerlo:—"He ahí la claridad diáfana de un paisaje que se vé y se palpa, con los ojos deslumbrados.

Es una serie de grabados alegóricos todos, y en los que, como una delicada cadena, se vé á través de sus eslabones, ligada fuertemente, el alma apasionada y noble de su autora.

Tal vez parezca á V. atrevido lo que voy á decirle, pero así lo siento:

Su prosa descriptiva se me figura un pedazo de tierra virgen, arrancado al corazón de esas selvas paradisíacas que bordan orgulosamente las orillas del Paraná y Uruguay.—Tiene el verdor de sus *cepas*—el aroma de sus flores gigantes de Trupé y hasta las armonías de sus aves....

El que lee su prosa descriptiva puede decir que conoce el Paraná, que ha aspirado los céfiros olorosos de sus bosques y que ha

contemplado sus infinitas bellezas naturales....

El Mundo de los Recuerdos—como *Sueños y Realidades* y *Panoramas de la vida*, tiene el perfume, la luz de su talento privilegiado en esta tierra de ilustraciones y literatos con mucha vanidad y mas egoismo, pero con poca ó ninguna originalidad—cuando mas, imitadores de Zola.... eternos plagiadores de la ideal!

Vd. por el contrario, idólatra de nuestra hermosa tierra, saca de ella feráz partido y nos ofrece en cada uno de sus libros un compendio de bellezas americanas, con ese color local tan simpático y digno de admiración.

He dicho á V., en mas de una ocasion, que en mis primeras lecturas de sus bellos romances, cuando nadie me habia dicho quien era Juana Manuela Gorriti, ni á que patria pertenecía esa inteligencia que yo apesara de mis pocos años entonces adoraba, y cuyo nombre sabia de memoria á la par de sus romances, "*El Guante Negro* y *El Lucero del Manantial*", mil veces aprendidos en una *Revista literaria* del Paraná, allá por los años de 1859 ó 60, es decir, cuando yo apenas deletreaba esforzandome por leer novelas y devorar los libros, hice de V. un ídolo, cuyo culto es hoy mas ferviente que nunca, reforzado por la conciencia, por la madurez del pensamiento, por el encanto que sabe ejercer con su génio sobre el espíritu de los demás, por su talento no decaído, por mil afinidades que nos ligan, haciendo mas intenso el culto y mas brillante el ídolo de mis años juveniles.

Señora: entre los muchos aplausos que en torno suyo levanta el coro de sus admiradores, reciba V. el mio, tal vez el último, pero no por eso menos entusiasta y leal.

Con todo respeto la saluda su invariable

J. P. DE SAGASTA

ARCO-IRIS

—Estudéa, estudéa, que pronto serás cerdote, decia un sugeto á su hijo seminarista.

Yo, arco-irista de este periódico, me habia propuesto estudiar, á la lijera, nuestras costumbres, los gustos predominantes de la vida porteña, para reproducir en esta seccion los variados colores que presentan. Al efecto, calábase las gafas del crítico, y miraba el mundo que me rodea, cuando el cuento del seminarista saltóme á la memoria, clavóseme entre ceja y ceja, y las palabras del padre repercutieron en mis oídos:

—Estudéa, estudéa.... que pronto serás cerdote!

Y me pregunté:

—¿Al cabo de tanto estudiar costumbres no llegaré á ser cerdote, como tantos otros elucubradores á jornal, que zumban en las columnas de diarios y periódicos, haciendo pinturas de una vida imaginaria, bosquejando el mundo á su antojo?....

Nó, nó, nó, nó, nó, nó! me he dicho como

el paje de los Hugonotes. No estudió: me limitaré á pescar al vuelo, incidentes cómicos vislumbrados al pasar, á pescar diálogos y frases, que esas pintan mas que la tinta negra que mana de los puntos de la pluma, como el agua de la gotera de un techo súcio.

Verbi-gracia: ayer, encontrábame en una Escribanía de Registro, haciendo el traspaso de mis derechos á una finca que poseo.... en mi imaginacion, desgraciadamente!

No recordaba el número, que habia sido cambiado en estos últimos tiempos, y mando á un gallego, para que vaya por él.

A la hora de haber salido, vuelve el comisionado á la oficina.

—Y ¿el número? le pregunto.

Y el buen hombre desenvuelve y saca de entre un lío de papeles, la plancha de loza de la numeracion.

Habia entendido las cosas de tal modo, que creyó de su deber pedir una escalera en el almacen de la esquina, y arrancar la plancha que, con el número, se encontraba sobre la puerta.

Esto pinta!.... Pinta más que cualquier estudio sicológico.

Vean Vds. otro ejemplo, para probar que una palabra puede pesar mas que un mundo.

Una noche, en una tertulia familiar, saqué á bailar á una preciosa rubia de quince ó veinticinco años. (La edad de las mujeres es siempre problemática.)

Notaba en ella una tristeza intensa. Su mirada revelaba un mundo de pesares escondidos. Apoyada en mi brazo, paseaba con abandono por el salon, y en medio del torbellino del valse parecia desfallecer.

—Señorita—le dije—ábrame su corazón. Vd. sufre, lo sé bien, sufre quizás por algun amor contrariado....

—Nó, caballero,—interrumpió con preseteza,—son los sabañones.

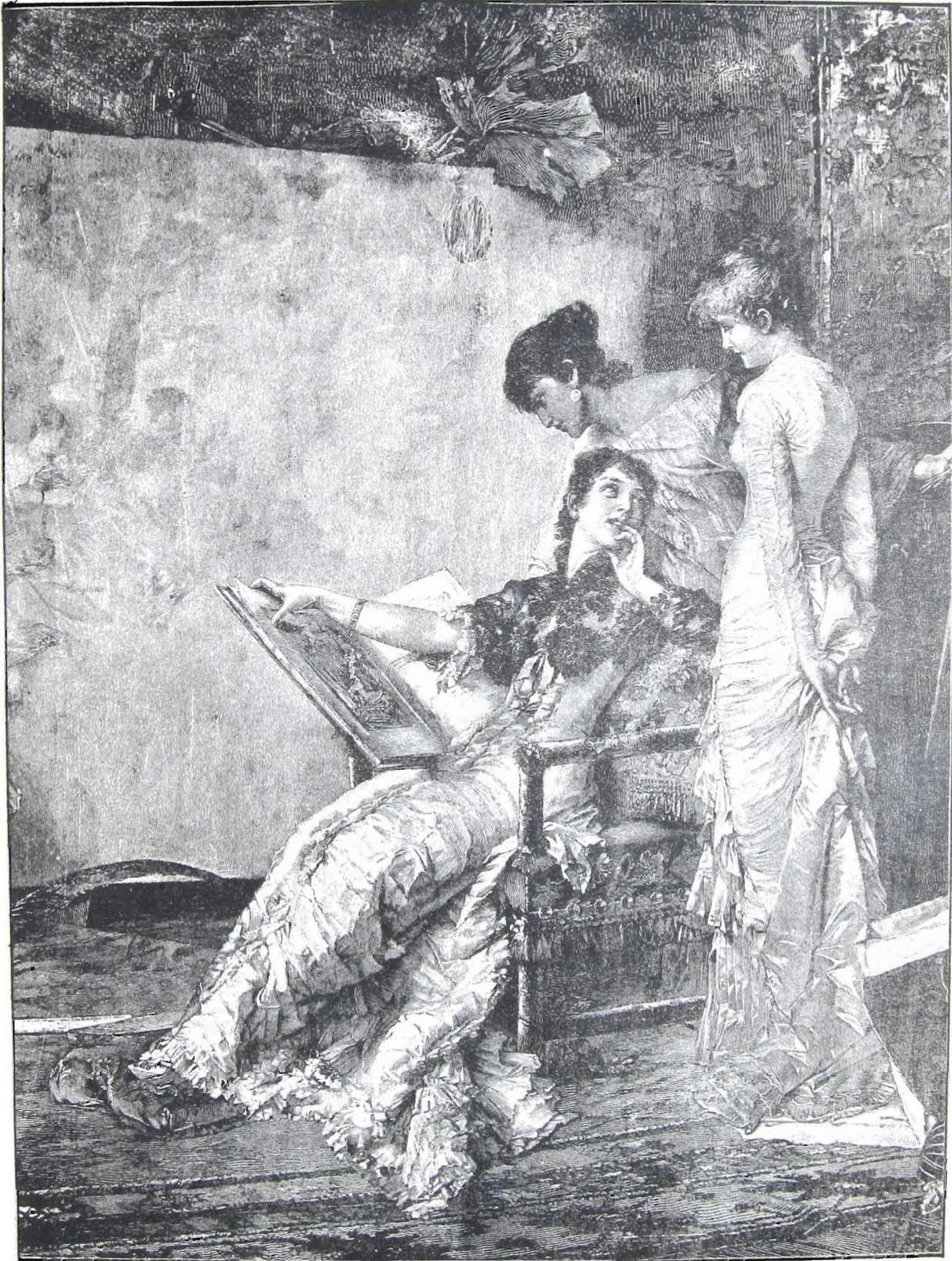
EL JÓVEN ARTURO

(Continuación)

CANTO IV

"Mi carta, que es feliz, pues va á buscaros, Cuenta os dará de la memoria mia,
De esta infeliz mortal que por amaros
Se escapó de una buena pulmonía.
La noche que al balcon salí á esperaros
Era una noche destemplada y fría,
Y como yo salí desabrugada,
Estoy con una tos endemoniada.

"Pero sufro con gusto mi tormento,
Y no maldigo mis terribles males,
Porque sufro por tí (lectoras, siento
Que así mezcle pronombres personales;
Pero á ser libres como el raudal viento
Aprenden las que van á las Normales,
Y si la libertad les es simpática
¿Porqué han de esclavizarse á la gramática?)



VISITANDO EL TALLER



LA REINA REGENTE MARIA CRISTINA



EL INFANTE ANTONIO DE ORLEANS



TRAJE DE AMAZONA

"Porque sufro por tí, mi dueño amado,
Y por tí fuera dulce hasta la muerte.
Si tus dulces palabras he escuchado,
Si al pie de mi balcón logré yo verte,
Bendigo este catarro que me ha dado,
Y bendigo mi tos constante y fuerte,
Pues si por ella en el sepulcro me hundo,
¿Q' haya un cadáver más q' importa al mundo?"

"*Lejos de ti mi vida se consume
Sin tu amor, sin tu vida, sin tu aliento,
Cual la flor sin rocío, sin perfume,
Marchita y deshojada por el viento;*
Así, pues, fácilmente se presume
Lo desgraciada que sin tí me siento;
Ven á verme esta noche: tu tardanza
Marchitará la flor de mi esperanza.

"Yo te amo, sí, porque eres inocente,
Porque eres bello cual la flor temprana;
Venid, que nos veamos es urgente,
Porque tengo de hablarte mucha gana;
Y si no vienes hoy precisamente,
En sucio polvo dormirá mañana
Esta pobre mujer ¡ay! que te adora,
Y que en este momento por tí llora.

"Era mi vida el lóbrego vacío,
Era mi corazón la estéril nada;
Pero me viste tú, dulce amor mío,
Y creóme un universo tu mirada.
¿Porqué me pagas con desdén impió?
¡Ah! comprendo! de tí no soy amada!
Me olvidaste! Malditos veintidós años.
Funesta edad de amargos desengaños!"

"El corazón del hombre es una lira
Dispuesta á producir cualquier sonido;
Me amaste? No! . . . Tu afecto fué mentira.
Me olvidas? Sí! . . . Me hundiste en el olvido!
Ven esta noche, si piedad te inspira
Este mi pobre corazón herido;
Ven, y si nó la guerra te declara
Tu Safo que te adora—Tuya—Clara."

—Hombre! qué te parece? dijo Pablo
Con sonrisa de orgullo satisfecho.
—Vaya! le dije: francamente te hablo:
Yo pensé que eras hombre de provecho,
Y hoy juzgo que mereces un establo,
A pesar de tu grado y tu derecho;
Tú jamás pasarás de Congresista,
Porque eres una bestia nunca vista.

Hizo una mueca de desdén horrible,
Me miró de los pies á la cabeza,
Y me dijo con lástima:—¿Es posible
Que llegue hasta tal grado tu torpeza?
¿Conque ese amor profundo, indescriptible,
Que insinúa con tal delicadeza,
Pedazo de animal, no prueba nada?
—Sí: prueba que tu Safo es muy zafada.

—Pues decidido estoy. —Eres un bruto.
Yo opino que es mejor que reflexiones.
—No te pido consejos, no disputo;
No me han de convencer tus opiniones.
—A tu barbaridad pagas tributo.
—Caballero. . . . Zapata, mis razones
Debes oír. . . . —No tal. Sal al momento.
—Conque. . . —Estoy decidido—Pues lo siento.

Y para esto dejé mi blando lecho, —
Pensaba yo bajando la escalera—
¿Se casa? pues que le haga buen provecho;
Pero es negra la suerte que le espera.
En fin! resuelto está, y á lo hecho, pecho.
Tratar de convencerlo inútil fuera,
Que él que es del libre examen partidario,
Juzga el examen siempre innecesario.

Dos semanas despues en *La Reforma*,
Que tiene un cronicón que nunca miente,
Y que de cuanto pasa nos informa,
Ví que estaban casados civilmente
Por un juez ó notario, en toda forma.
Clara se opuso decididamente
A que el Cura en el lance interviniera,
Porque habiendo notario, inútil era.

Una tarde, al salir de la oficina,
Ví á Pablo que, ligero como un gamo,
Cruzaba de la plaza por la esquina;
Corro al punto tras él, le grito, llamo,
Y mientras más lo llamo, más camina.
—Atajen á ese hombre! —al fin exclamo,
Y el, temiendo tal vez que se juzgara
Que es reo fugitivo, al fin se para.

No es el Pablo, carísimas lectoras,
Que antes iba el domingo á la Tercera,
No es el de las miradas seductoras,
No es el de la capul tan hechicera;
Su faz antes risueña á todas horas,
Es hoy adusta, tétrica, severa;
Su traje antes tan pulcro, está mugriento.
¿Como transforma al hombre el casamiento!

—¿Como te va, Pablito? ¿qué tal Clara?
Le dije;—á donde vas tan afanado?
—A casa, contestó con una cara
Cual la del reo á muerte condenado.
—Perdóname que á gritos te llamara.
¿Qué es de tu vida?—Estoy muy ocupado.
—En gozar del edén del matrimonio?
—Véte con tus edenes al demonio!

—¿Qué tienes? ¿Qué desgracia ha sucedido?
—Que voy á suicidarme?—¿Qué locura!
¿La causa?—No es bastante ser marido?
—Cuéntame, pues, tu amarga desventura.
—No puedes concebir lo que he sufrido.
—Empieza, pues. . . —Hoy no.—¿Se te figura
Que puedo disponer de una hora entera?
Ya son las tres! ¡Adios! Clara me espera.

Y salió disparando calle abajo;
Corrí á alcanzarlo, pero inútilmente;
Y juzgando perdido mi trabajo,
Me fui para mi casa lentamente,
Meditando con aire cabizbajo
En el pobre Zapata y su presente,
Y. . . . basta ya: de octavas estoy harto.
Aquí le pongo punto al canto cuarto.

ROBERTO MAC DOUALL.

(Continuará).

ZURITA

(Continuación)

El hijo del dómine de Azuqueca se hubiera
vuelto loco, de fijo, si Dios, que veía sus
buenas intenciones, no se hubiera compade-

cido de él apartando de su trato á Don Cipriano, que se fué á otra posada, y no volvió por la de Zurita ni por la Universidad, y trayendo á España nuevas corrientes filosóficas, que también habían de volverle la cabeza á Aquiles, pero de otro lado.

Por aquel tiempo recibió una carta de una antigua amiga de Valencia que se había trasladado á Madrid, donde su esposo tenía empleo, y le llamaba para que, si era tan bueno, diese lección de latín á un hijo de las entrañas, mucho más mocoso que amigo de los clásicos. No pensaba Zurita aceptar la proposición, pues aunque sus rentas eran lo escasas que sabemos, á él le bastaban, y la filosofía, además, no le permitía perder el tiempo en niñerías por el vil interés; pero fué á ver á la señora para decírselo todo en persona.

Era la dama, ó rica ó amiga de aparentarlo, porque su casa parecía de gran lujo y allí vió, palpó y hasta olió Zurita cuanto inventó el diablo para regalo de los sentidos perezosos. Lo peor de la casa era el marido, casi enano, bizco, y de tan malos humores, que los vomitaba en forma de improperios de la mañana á la noche; pero estaba poco en casa, de lo que se mostraba muy contenta la señora. Esta llamada doña Engracia, era beata de las orgullosas, de las que se ponen muy encarnadas si oyen hablar mal de los curas malos, como si fuesen ellas quienes los crían; su virtud parecía cosa de apuesta, más la tenía por tesón que por amor de Dios, que era como no tenerla. Siempre hablaba de privaciones, de penitencias; pero, como no fuera de lo desagradable, lo pobre y lo feo, no se sabia de qué se privaba aquella señora, rodeada de seda y terciopelo, que pisaba en blanduras recostando el cuerpo, forrado de batista, en muebles que hacían caricias suaves, como de abrazos al que se sentaba ó tendía en ellos. Verdad es que ayunaba y comía de vigilia siempre que era de precepto, y otras veces por devoción; pero sus ayunos eran pobreza del estómago, que no resistía mas alimento, y sus vigilias comer mariscos exquisitos y pescados finos y beber vinos deliciosos. No tenía amante doña Engracia, y como el marido bizco y de forma de chaparro no hacía cuenta, sus veintinueve años (los de la dama) estaban en barbecho. No le faltaban deseos, tentaciones, que ella atribuía al diablo; pero por salir con la suya rechazaba á cuantos se le acercaban con miras de pecar. Mas la ociosa lascivia urgaba, y como no tenía salida, daba coces contra los sentidos que se quejaban de cien maneras. Pasaba la señora el día y la noche en discurrir alguna traza para satisfacer aquellas ansias sin dejar de parecer buena, sin que hubiera miedo de que el mundo pudiese sospechar que las satisficiera. Y al cabo el diablo, que no podía ser otro, le apuntó lo que había de hacer, poniéndole en la memoria al don Aquiles Zurita que había conocido en Valencia.

Para abreviar (que no es ésta la historia de doña Engracia, sino la de Zurita), la dama consiguió que el filosofastro «le sacrificara», como ella dijo, una hora cada día

para enseñar latín al muchacho. Al principio la lección la tenían a solas maestro y discípulo; pero, pasada una semana, la madre del niño, comenzó a dejar olvidados en la sala de la lección, pañuelos, ovillos de hilo, tijeras y otros artículos, y al cabo no hacía ya más que entrar y salir, y más al cabo no hacía más que entrar y no salir; con lo que Zurita, a pesar de su modestia e inocencia pristina, comenzó a sospechar que doña Engracia se había aficionado a su persona.

¡Rara coincidencia! Observación parecida había hecho en la posada, notando que la patrona, doña Concha, suspiraba, bajaba los ojos y retorcia las puntas del delantal en cuanto se quedaba sola con él. Los suspiros eran de bomba real allá en la noche, cuando Aquiles meditaba o leía, y la viuda, que dormía pared por medio, velaba distraída en amorosas cavilaciones. En una ocasión tuvo el eterno estudiante que dejar las ociosas plumas (que eran de paja y pelote duro) porque la disentería le apuraba — ¡tanto estudiar! — y a media noche descalzo y a oscuras, se aventuró por los pasillos. Equivocó el camino, y de golpe y porrazo dió en la alcoba de Doña Concha. La viuda, al sentir por los pasillos al joven, había apagado la luz y esperaba, con vaga esperanza, que una resolución heroica del muchacho precipitase los acontecimientos, que ella en vano quería facilitar a fuerza de suspiros simbólicos. Doña Concha era romántica tan consecuente como Moyano, hubiera preferido una declaración a la de la luna y por sus pasos contados con muchos preparativos, graduada y *matizada*; pero, ya que el ardiente doncel prefería un ataque brutal, ella estaba dispuesta a todo, aunque reservándose el derecho de una protesta tímida y débil, más por lo que se refería a la forma que por otra cosa. Doña Concha tenía cuarenta años bien conservados, pero cuarenta...

Cuando conoció su error, que fué pronto, Zurita se deshizo en excusas y buscó precipitadamente la puerta. Entonces el pudor de la patrona despertó como el león de España en 1808 y comenzó a gritar: «¡Ladrones! ¡ladrones! ¿Quién anda ahí?... ¡Oigan la mosquita muerta!», y otros tópicos de los muchos que ella conocía para situaciones análogas. El amor propio no le dejó a la viuda creer lo de la equivocación, y se inclinó a pensar que el prudente Aquiles, en un momento de amor furioso, se había levantado y había cometido la empresa formidable de que luego se arrepintiera, tal vez por la pureza de su amor secreto.

Ello es que la viuda siguió suspirando, y hasta se propasó, cuando vino la primavera, a dejar todas las mañanas en un búcaro de barro cocido un ramo de violetas sobre la mesilla de noche del filosofastro.

Comprendiendo Aquiles que aquella pasión de doña Concha le distraía de sus reflexiones y le hacía pensar demasiado en las calidades del *yo* finito, decidió dejar la posada de las chuletas de cartón-piedra, y sin oír a los sentidos, que le pedían el pasto perpetuamente negado, salió con su baúl,

sus libros y su filosofía armónica de la isla encantada en que aquella Circe, con su lunar junto a la boca, ofrecía cama, cocido y amor romántico por seis reales... sin principio.

Más peligrosa era la *flirtation* de doña Engracia, que cada día se insinuaba con mayor atrevimiento. Vestía aquella señora en casa unos diablos de batas de finísima tela que se pegaba al cuerpo de diosa de la enemiga como la hiedra al olmo; se sentaba en el sofá, y en la silla larga, y en el confidente (todo ello blando, turgente y lleno de provocaciones), con tales posturas, doblándose de un modo y enseñando unas puntas de pie, unos comienzos de secretos de alabastro y unas líneas curvas que mareaban, con tal arte y hechicería, que el mísero Zurita no podía pensar en otra cosa, y estuvo una semana entera apartado de su investigación de la Unidad del Ser en la conciencia, por no creerse digno de que ideas y comuniones tan altas entrasen en su pobre morada.

(Continuará).

SUETOS

En la primera página ilustrada de *El Album del Hogar* encontrará el lector el retrato del poeta Rafael Obligado, y en la primera de texto, el breve juicio crítico con que uno de los colaboradores del periódico lo acompaña.

Aunque se habrá notado, queremos hacerlo constar: en la galería de *El Album del Hogar* no hay orden de jerarquías; no hemos buscado a las grandes ni a los pequeños, para empezar por ellos, y seguir después ascendiendo y descendiendo con exactitud matemática. Por otra parte, esa clasificación sistemática de los valores intelectuales, tras de ser difícil, encuentra siempre resistencias de parte de los que se aprecian en más del valor que la voz general y fama pública les asigna.

Hoy un poeta, mañana un periodista, pasado un político, y después un militar, *El Album del Hogar* rendirá homenaje al talento donde quiera y a medida que lo encuentre.

Hemos dicho que entrarían los políticos en la galería de retratos: a este respecto debemos hacer una salvedad, mejor dicho, una aclaración: Pensamos, en tesis general, que todos los partidos son malos; pero, estamos lejos de desconocer que en el seno de cada partido se encuentran hombres probos e inteligentes: de esos únicamente se ocupará este periódico, lo que equivale a decir que los políticos no serán muy numerosos en la galería.

Queda así dicho y explicado algo que creíamos necesario decir y explicar.

Por falta de espacio, dejamos para el próximo número la publicación de una bellísima mazurca que nos ha sido ofrecida galantemente por su autor, el señor Augusto Nannetti.

Entre las muchas producciones de mérito que se han enviado a este periódico, figura

la del distinguido poeta oriental José Sienra Carranza, que publicamos hoy.

Vamos a hacer conocer lo que ha motivado esa composición, para que no parezca inadecuado el título que lleva.

En uno de los banquetes dados en la Legación de Chile en Montevideo, se presentó el Dr. Sienra Carranza, cuando ya habían empezado los brindis, por cuya falta de puntualidad fué condenado a la *última pena*, que, para un poeta, no podía ser otra que la de improvisar un soneto. El inspirado vaté la cumplió de tal manera que, al terminar su *Expiación*, fué objeto de los más entusiastas aplausos.

Agradecemos al distinguido escritor el recuerdo que ha tenido para este periódico y esperamos que continúe favoreciéndolo con sus brillantes producciones.

Hoy aparece *El Album del Hogar* con ocho páginas ilustradas. Lleva, pues, doble número de las que habíamos prometido dar.

El fundador y propietario de este periódico, señor Gervasio Méndez, ha recibido un soneto dedicado a él, y suscrito por las iniciales P. F. M.

Habría sido nuestro deseo insertar, en las columnas de *El Album del Hogar*, esa bella composición poética; pero, el señor Méndez, ha pensado que, por tratarse personalmente de él en ese soneto, no debía, ni podía, sin violentar sus sentimientos, darlo a publicidad, juzgando más propio guardarlo entre sus papeles íntimos.

Al hacerlo así, agradece íntimamente al señor P. F. M. su fino recuerdo y sus amistosas manifestaciones.

He aquí la explicación del figurín que va en otro lugar:

La falda es de cachemir negro, redonda, completamente estirada.

El corpiño forma una aldetita por detrás y dos puntas poco acentuadas por delante. Manga larga de codo. Cuello recto.

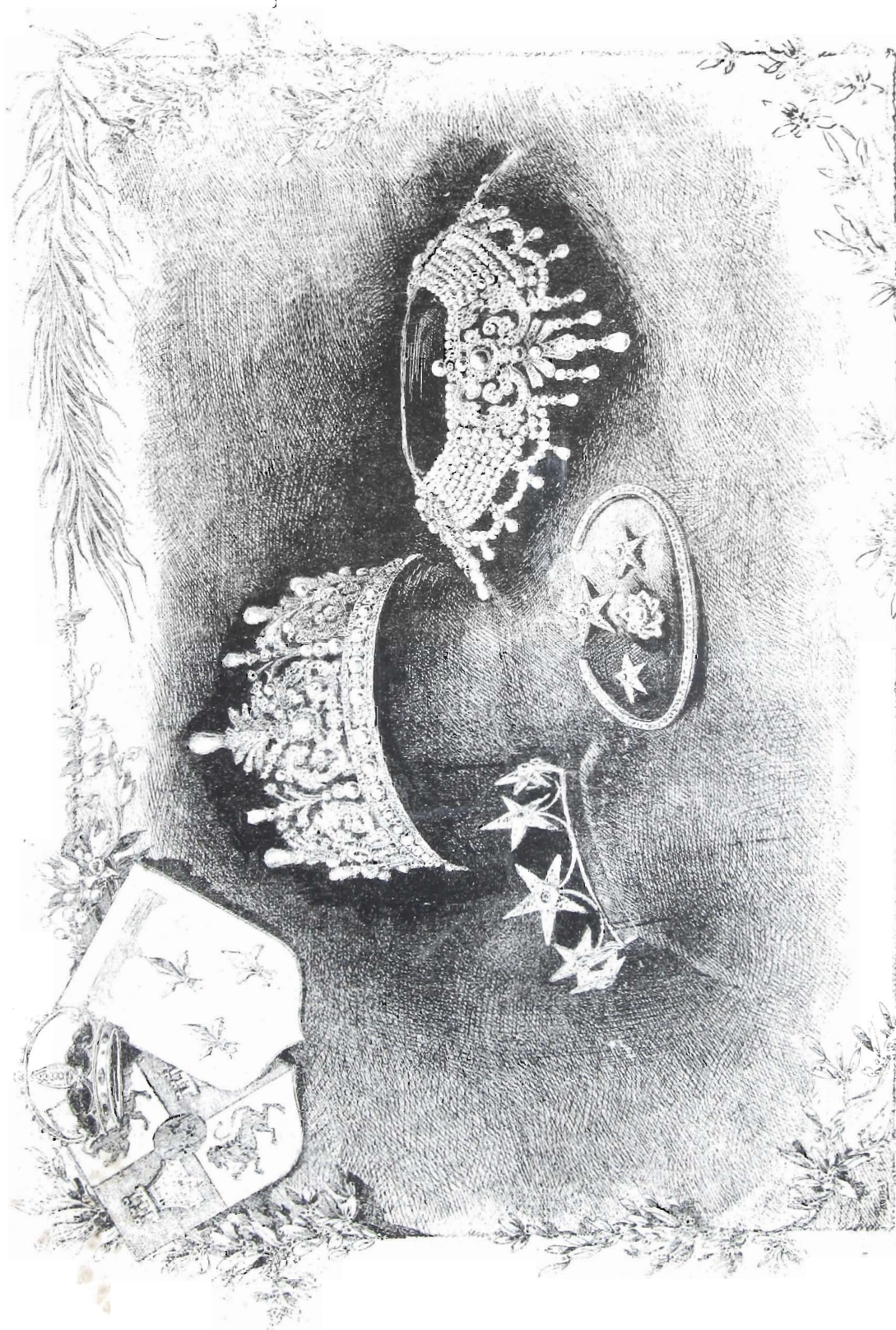
Pantalón largo de la misma tela que el traje.

Sumario

EL ALBUM DEL HOGAR lleva hoy los siguientes materiales:

Ilustraciones: Rafael Obligado — La reina regente María Cristina — La infanta Eulalia de Borbon — El infante Antonio de Orleans — Mis favoritos — Visitando el taller — Joyas regaladas a la infanta Eulalia — Traje de amazona.

Texto: Rafael Obligado — La familia real de España — Mis favoritos — Visitando el taller — Expiación, poesía, por José S. Carranza — Carta a la Sra. Juana Manuela Gorriti, por Josefina P. de Sagasta — Arco-iris — El joven Arturo, poema, por Roberto Mac Douall — Zurita, novela, por Clarín — Suetos.



JOYAS REGALADAS A LA INFANTA D^{ña} EULALIA



LA INFANTA EULALIA DE BORBON